

SALUD PUBLICA, PROBLEMA DE IMPIEDAD

"En la existencia histórica de hombres y sociedades sólo el amor misericordioso es capaz de hacer justicia" (Juan Pablo II)

"BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS"
(Mt 5,7)

Nuestro país no es el mismo de hace cincuenta años. Los cambios son evidentes. Al contabilizar las causas siempre nos referimos al petróleo como posibilitador del proceso y a los políticos con vocación democrática como los que lo desbloquearon al abrir las compuertas y estimular la participación popular. Queremos honrar ahora a los que "crearon" la base humana de todo el proceso.

Nos referimos a ese puñado de médicos, nutricionistas, sanitaristas que no sólo se dedicaron con ahínco a curar enfermos sino que detectaron los focos de morbilidad y sus agentes, sanearon los ambientes hasta acabar con las enfermedades endémicas, atendieron a los niños y enseñaron a hacerlo a las madres, inculcaron hábitos, idearon vacunas y establecieron no sólo una red primaria de prevención y atención sino sobre todo una verdadera mística en todos sus colaboradores, desde los fumigadores rurales y los que atendían los puestos de salud hasta los que con pocos medios científicos y monetarios investigaban y administraban esta cruzada civil. Resultado de esta acción sostenida es el brusco descenso de la mortalidad infantil y la casi duplicación de la expectativa de vida y en consecuencia el drástico aumento del mercado de trabajo, la presión por un cambio en las relaciones de producción, el éxodo a la ciudad y el mismo surgimiento de una política de masas.

La posibilidad de que seamos muchos más venezolanos y que vivamos mucho más y más sanos se debió a muchos miles de conciudadanos nuestros que se aplicaron a ello con inteligencia y tenacidad. Pero quienes motorizaron todo ese proceso de liberación fueron un grupo de profesionales, burgueses y sanos, que sin embargo se compadecieron del pueblo enfermo y, como Jesús de Nazaret, consagraron su vida a enseñarlos y curar sus dolencias. La compasión los llevó a hacerse cargo de su salud, a cargar con sus enfermedades para quitarlas. No fueron superhombres, pero, a pesar de las insuficiencias y contradicciones que pudieron tener en su vida privada, vivieron para los demás. Unos se habrán confesado cristianos, alguno tal vez no, pero todos

han vivido, como aquél, para que la gente popular "tengan vida y vida abundante". No sabemos que nuestra institución eclesíástica los haya propuesto como modelos. Pero ¿quién más que ellos ha sido en estos años en Venezuela seguidor de Jesús de Nazaret? Gran parte del respeto que conserva todavía hoy el pueblo hacia el "doctor" se debe al reconocimiento de varias generaciones de venezolanos hacia estos hombres realmente mesiánicos, es decir movidos por el Espíritu de Dios para sanar a su pueblo. Incluso la devoción a José Gregorio Hernández, además de lo que atañe a su propia persona, también tiene no poco de personificación de esta estirpe, científica y dedicada, de apóstoles de la salud popular. Todavía están vivos algunos de estos patriarcas y, gracias a Dios, aún perdura su estirpe. Por eso, a pesar de los pesares, aún hay gente del pueblo que se siente atendida con eficiencia y respeto, aún hay salas de hospitales y secciones y aun hospitales enteros que, en medio de tanta precariedad, funcionan con profesionalismo y humanamente. Porque todavía se encuentran no pocos médicos que, en medio de graves dificultades institucionales y pecuniarias, viven vocacionalmente su profesión.

"COMO SON ASALARIADOS LES TRAE SIN CUIDADO EL PUEBLO" (Jn 10,13).

Pero así como antaño estos hombres lograron aglutinarse, sentar pautas, modelar ambientes y desde el Estado lograr la participación de los sucesivos gobiernos para su empresa, así ahora son islas de dignidad en instituciones politizadas que, por esa razón, además de otras, se les han ido de las manos a quienes las administran. Ahora la medicina pública no pertenece ya al Estado, como pertenece en buena medida Petróleos de Venezuela y en alguna medida aún la Corporación Venezolana de Guayana o el Banco Central. Los últimos gobiernos democráticos le han perdido el respeto a la salud del pueblo y también se lo han perdido no pocos de los profesionales de la medicina.

Los gobiernos bajan el porcentaje destinado a salud en los presupuestos y se interesan más por el control de los gremios que por el funcionamiento del área. Los médicos, en sus expresiones organizados dominantes, se restringen cada vez más a sus reivindicaciones económicas y se partidizan,

anteponiendo la toma del poder al desempeño profesional.

Estas opciones políticas ante la escasez creciente de los recursos, patentizan, más allá de cualquier discurso, las verdaderas preferencias de los gobiernos y de los gremios y de no pocos profesionales de la medicina. Y nos referimos a la rama pública de la medicina, porque quienes trabajan en la privada, fuera de los que por vía de excepción dedican un tiempo consistente a atender al pueblo, ya han optado obviamente por omisión en contra de la salud del pueblo y son responsables de no poner sus talentos a la causa sagrada de la salud popular.

En términos cristianos no tienen perdón, como tampoco lo tienen los curas que por servir al altar pasan de largo ante el pueblo malherido.

Para los gobiernos la salud del pueblo es muy poco importante. Mucho menos que la deuda externa, o que la policía o que el deseo de incentivar a la empresa privada y desde luego muchísimo menos importante que conservar el control en una dependencia del SAS o en un hospital y sobre todo infinitamente menos que intentar en vano volver a ganar las elecciones y conservar el poder. Por eso las partidas cada vez más escasas del presupuesto nacional se destinan más a engrosar el servicio de la deuda o a mantener el orden mediante la represión o a obras de infraestructura que involucran jugosos contratos con empresas asociadas antes que a la salud popular. Y en el área de salud no se da prioridad a la continuidad de planes a largo plazo llevados adelante por profesionales del Estado a quienes subvenciona y supervisa el gobierno de turno sino que se procura partidizarlo todo pagando sin dolor el costo de la discontinuidad, la desprofesionalización y la distorsión fundamental que implica que instituciones de salud se conviertan en feudos partidistas cuya principal preocupación es conservar la filiación y no el desempeño de su profesión.

"DONDE ESTA TU TESORO ALLI ESTA TU CORAZON" (Lc 12,34)

Claro está que más vale una organización más profesionalizada que mil prédicas moralizantes. Pero, si no existe misericordia en el corazón, si no nos compadecemos de la vida del pueblo, si no sentimos la mística de la salud popular ¿qué motivos nos llevarán a pagar los costos políticos y personales que tendríamos que pagar todos para modificar sustancialmente el actual estado de cosas? Y si no motivos ¿qué presiones podrían obligar a torcer el rumbo? Actualmente todavía no será desgraciadamente la presión popular. ¿Será la presión de los gremios médicos? Desgraciadamente no. Podría preverse a mediano plazo una presión de la sociedad civil hacia el fortalecimiento del Estado a costa del gobierno. Pero en esta esfera de la salud popular no está especialmente sensibilizada la parte

más organizada de la sociedad civil, que no es aún la popular.

Por otra parte los costos de la medicina popular crecen de un modo tal que el Estado venezolano no puede hacerles frente sin presionar a otros grupos integrantes de la comunidad nacional. Y la organización del sector salud ha cobrado ya tal complejidad que no es posible su constitución eficiente sin renunciar a la partidización actual. Y además los costos crecientes hacen más urgente esta devolución del gobierno al Estado del área de la salud en orden a su racionalización, planificación a largo plazo, continuidad y profesionalización.

LA SALUD DEL PUEBLO, BIEN MESIANICO (Mt 11,2-5)

¿Cómo romper este círculo vicioso? Sin duda será importante la constitución de comités de salud popular y multiplicar experiencias exitosas de núcleos de salud en barrios y caseríos. También ayudaría que la Iglesia venezolana relanzara su área de salud, dirigida sobre todo en esta dirección y que además tomáramos en serio que la figura de Jesús se parecía mucho más que a la de un cura o un obispo actuales a la de un médico o curandero popular. Pero lo más decisivo será apelar nuevamente a los profesionales. Así como hace cincuenta años ellos emprendieron esa cruzada de saneamiento ambiental, educación sanitaria, prevención y organización de la red asistencial con austeridad presupuestaria, pero con generosidad, tenacidad y creatividad inagotables, así hoy Venezuela necesita médicos que, sintiendo en carne propia el drama de la salud popular, se lancen a rescatar instituciones, a constituir equipos, a fijarse metas y a lanzarse a ellas mancomunadamente. En la hora que atraviesa el país sólo puede emprenderse esta dirección si la vida del pueblo aparece como un tesoro por el que pueden sacrificarse no sólo lujos sino aun parte de lo conveniente y merecido.

Los políticos, desgraciadamente, se quedaron chiquitos, se atrofiaron en el poder mientras creció el país y por eso lucen incapaces de escuchar sus demandas. Conscientes de su ineptitud, se atrincheran y gastan todas sus energías en conservar o adquirir el Gobierno. A estos hombres sin imaginación ni esperanza, que se sienten acosados en vez de estimulados por la nueva Venezuela que busca expresarse, no podemos pedir compasión por el pueblo. Sólo la presión los hará ceder y ponerse al paso y reencontrar su lugar. Es el esfuerzo que les toca a las incipientes organizaciones populares, a los profesionales de la medicina, a las facultades y escuelas, y también a los que nos decimos seguidores de Jesús de Nazaret para quien la salud era el primer sinónimo de salvación.